

evidentemente surgida de un costillar de los *Heterodoxos* de Menéndez y Pelayo?

La significación de ambos títulos dentro de la historia del cine español es obvia: *Viridiana* fue la gran oportunidad perdida para reincorporar a Buñuel a este país, en un momento en que despegaba el llamado Nuevo Cine Español y él se encontraba en plena madurez. *Tristana* fue harina de otro costal, puesto que aquella posibilidad, vigente una década antes, ya era entonces agua pasada. Aun así, ambas constituyen un magnífico ejemplo de cómo hacer un cine universal con temas, paisajes y rostros de aquí mismo y presupuestos nada espectaculares.

Considerado este contexto, no creo que Buñuel tenga herederos cinematográficos, ni dentro ni fuera de España. Su fórmula no puede ser reducida a receta porque no es un *estilo* ni se basa en instancias externas: lo más interesante de él es su mundo personal, sus inquietudes, los problemas que se planteaba y cómo los resolvía, y sobre todo la forma en que manejaba los materiales irracionales. Habría que copiar todo eso para elaborar un cine como el suyo, y carece de sentido hacerlo. Dicho esto, basta hojear sus memorias, *Mi último suspiro* (1982), para constatar que sólo aparece fotografiado individualmente con un director de cine, Carlos Saura. No es casual, claro, porque lo apreciaba mucho. Pero, aun así, creo que tampoco Saura es un discípulo o un heredero de Buñuel. Hay cosas que los unen, afinidades a veces muy profundas, pero sus cinematografías resultan muy diferentes. Y otros realizadores, que *buñuelean* de modo más o menos premeditado, suelen quedarse en lo accesorio, y no en lo esencial, que en su caso deriva de una honda consideración de cuestiones de mucho calado: la muerte, la religión, el sexo, las relaciones entre las instancias racionales e irracionales del ser humano, entre el instinto y la cultura.

Al llegar a este punto, confieso que me cuesta entrar en la parte más personal del cineasta. Además de algunas entrevistas en España, cuando verdaderamente pude conocerlo un poco fue hacia 1980, durante dos semanas de estancia en México, viéndole desenvolverse en su propia casa, con su puntualidad y su sentido del orden casi prusianos. Era un hombre que se las sabía todas, nada fácil, y perfectamente consciente de su entidad y papel, pero que, a pesar de todo eso, había logrado mantener una extraña inocencia (no confundir con ingenuidad), además de ser humilde y muy generoso. Tenía esa vieja y entrañable hospitalidad española que uno sentía con tantos exiliados (por ejemplo, con José Rubia Barcia y Eva, o Paco Ignacio Taibo y Mari), y también un gran sentido del humor. A su lado el tiempo volaba, pues era un gran conversador y bebedor, de la escuela de

las tertulias de antaño. Y poseía una gran sensibilidad que, por supuesto, no le gustaba evidenciar. Recuerdo que cuando en la Semana Santa de 1980 vino a España con la idea muy clara de que era su última visita, y se iba despidiendo de tantos lugares queridos, teníamos que desviar la mirada o meternos en el coche, como si no viéramos las lágrimas que caían de sus ojos.



*Don Quintín el amargao*